

MÜHLBERG

VÍCTOR FERNÁNDEZ CORREAS

MÜHLBERG



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: mayo de 2022

© Víctor Fernández Correas, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6396-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8690-2022

Impreso en España

A Ángel, mi padre. Mi ángel de la guarda.

*A Alberto, Jorge y Víctor Manuel.
Ellos tienen la culpa de que siga aquí dando guerra.*

ÍNDICE

Dramatis Personae	13
Preámbulo	15

LA VÍSPERA

1. Maneras de mirar	21
2. Maneras de hablar	45
3. Maneras de sentir	77
4. Maneras de vivir	99

LA BATALLA

5. No hay niebla a gusto de todos	119
6. La del alba sería	135
7. El olor a pólvora por la mañana	163
8. Tiempo de valientes	187
9. A fuego lento	207
10. Hora de decisiones	223
11. La gloria en la mano	235
12. La hora del traidor	243
13. El paso del Elba	265

LA PERSECUCIÓN

14. No todo acaba como empieza	283
------------------------------------------	-----

15. Y vendrán cosas peores	301
16. El bosque sangriento	321

EPÍLOGO

17. Al final, llegó el final	355
Agradecimiento	379

«Vine, vi y Dios venció».

Carlos V

«El objetivo de un buen general no es la lucha,
sino la victoria.
Ha luchado lo suficiente si alcanza la victoria».

Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel,
tercer Duque de Alba

«Compadre, qué jartá de matar luteranos».
Baltasar Carrillo, arcabucero del Tercio de Sicilia

DRAMATIS PERSONAE

EJÉRCITO IMPERIAL

Carlos I de España y V de Alemania: rey de España y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel: tercer duque de Alba.

Juan Ortuño: traductor del duque de Alba.

Mauricio de Sajonia: elector de Sajonia y duque de Sajonia-Meissen. Primo de Juan Federico de Sajonia.

Fernando I: rey de romanos y hermano del emperador Carlos V.

Heinrich Lersner: jinete al servicio de Mauricio de Sajonia.

Thilo von Trotha: jinete al servicio de Mauricio de Sajonia.

Diego de Arce: maestre de campo de los tercios del emperador Carlos V.

Alonso Vivas: maestre de campo de los tercios del emperador Carlos V.

Álvaro de Sande: maestre campo de los tercios del emperador Carlos V.

Diego de Alonso: capitán de los tercios del emperador Carlos V.

Alonso de Céspedes: capitán de los tercios del emperador Carlos V.

Íñigo Mendizábal: arcabucero de los tercios del emperador Carlos V.

Pedro Timón: jinete de los tercios del emperador Carlos V.

Baltasar Carrillo: arcabucero de los tercios del emperador Carlos V.

Cristóbal de Mondragón: soldado de los tercios del emperador Carlos V.

Diego Cubero: soldado de los tercios del emperador Carlos V.

Gaspar Briceño: soldado de los tercios del emperador Carlos V.

Ruiz de Mena: jinete de los tercios del emperador Carlos V.

Lorenzo Belli: jinete de los tercios del emperador Carlos V.

Hans Meyer: jinete de los tercios del emperador Carlos V.

Juan de Torres: capellán del ejército imperial.

Norbert Bachmann: espía alemán al servicio del duque de Alba.

Nicolás: jinete de los tercios del emperador Carlos V.

Bernardo de Aldana: capitán de una compañía de arcabuceros a caballo de los tercios del emperador Carlos V.

Dionisio Daza Chacón: cirujano de los tercios del emperador Carlos V.

Dorothea: prostituta.

EJÉRCITO DE JUAN FEDERICO DE SAJONIA

Juan Federico de Sajonia: príncipe elector y duque de Sajonia-Wittenberg.

Hans von Ponickau: chambelán de Juan Federico de Sajonia.

Wolf von Schönberg: maestre de campo.

Paul Jamintzer: jinete.

Jonas Bauer, jinete.

Lazarus Heynen: soldado.

Alberto Fischer: capitán.

Gunter Lorhard: soldado

Ulrich de Saale: capitán.

Götz: capellán.

Naturales de Mühlberg

Barthel Strauchmann.

Cornelia: mujer de Barthel Strauchmann.

Heinrich Amman: amigo de Barthel Strauchmann.

PREÁMBULO

*Campamento del emperador Carlos V, entre Lommatzsch y Mügeln
(Sajonia, Alemania).*

Media tarde del 23 de abril de 1547

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Y rabia es mucha la que acumula el hombre que pasea por una tienda de campaña tan vacía como su alma de calor.

Lo hace con paso cansado. Le cuesta andar. Incluso aprieta los dientes. Pasos que duelen.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Al hombre que pasea por la tienda, le gusta ese refrán.

Lo usa a menudo. Le gusta cómo suena, su significado.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Lo masculló en un par más de ocasiones antes de elevar una oración al techo, que es lo que ahora le ocupa.

—A ti, Señor, me encomiendo. Dame fuerzas para hacer triunfar tu nombre por encima de todos los hombres. Concédeme la gloria eterna y seré tu más humilde siervo hasta el final de mis días.

Mira el techo de la tienda con serenidad mientras pronunciaba esas palabras. Después cierra los ojos, se santigua y acaba besándose el pulgar derecho con parecida parsimonia.

Suspira. Mira ahora a su alrededor. La tienda está vacía. Como de calor su alma.

La soledad. Esa inesperada compañera que llegó a la vida de aquel hombre hace ocho años y a la que no termina de acostumbrarse. Acaso, ¿quién vive cuando la muerte te arrebatara a quien más querías? Lo llaman vivir porque respiras, recuerdas, sientes, padeces. Pero miras a todas partes y no la ves.

En su caso, su calor se llamaba Isabel, y ya no lo siente.

La que antes se llamaba Isabel, ahora se llama soledad.

«Sí, Carlos. A eso lo llaman vivir», reflexiona, esbozando una sonrisa colmada de melancolía.

El hombre se llama Carlos, y es rey. El primer Carlos de España. Y también emperador; el quinto Carlos de Alemania.

Y quiere atrapar a otro hombre. Un hombre que ha osado desafiarlo.

«Ya va siendo hora de acabar con él», cavila quien se hace llamar Carlos.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Los golpes de la vida hacen que veas las cosas de otra manera. Te endurecen, enfrían la mirada, secan su brillo. Sacan lo peor de ti. La determinación se ha apropiado del espacio que antes ocupara la indulgencia cuando así lo requería la situación. «Eres el emperador, Carlos. Quien osa enfrentarse a ti, lo paga», piensa, convencido, paseando por la tienda. Pasos cortos, medidos; con una expresión que se endurece conforme recuerda las afrentas recibidas en los últimos meses. Y también por culpa del dolor. Pero tiene que andar, quiere hacerlo.

Es el emperador. Y ahí está, en esa tienda; deseando atrapar a la persona que ha osado desafiarlo. A él. Y eso no lo puede consentir.

Carlos ansía que llegue el momento de tener ante su presencia a la persona que lo ha desafiado para disfrutar de su reacción al saber que va a morir.

—Mi señor —lo interrumpe uno de sus servidores—. El capitán Aldana ya ha regresado.

Carlos siente cómo su respiración, de repente, se agita; y cómo el corazón decide seguir los mismos pasos acelerados. Pom, pom, pom, pom.

—Que pase.

Aldana, vestido con armadura, le dedica una reverencia a modo de saludo nada más poner los pies en la tienda. Capitán de los tercios del emperador y de una recién montada compañía de arcabuceros a caballo —el año anterior, en Nápoles—, Bernardo de Aldana permanece callado a la espera de que sea el otro quien le dirija la palabra.

—¿Y bien?

El recién llegado no puede evitar que se le escape una sonrisa de satisfacción.

—Lo tenemos.

Carlos trata de contener su excitación. Se toma unos instantes antes de responder.

—¿Dónde?

—A tres leguas de aquí, al otro lado del río. En un lugar llamado Mühlberg.

—Mühlberg... —repite el emperador. Da pasos por la tienda, en silencio, mientras el capitán le detalla todo lo que ha averiguado durante su misión. Al fin, pasados unos instantes, que ha empleado en asimilar la información, habla—: Esperad órdenes.

Bernardo de Aldana saluda de nuevo y abandona la tienda.

Ya solo, Carlos toma asiento en su jamuga y apoya las manos en los brazos curvos del asiento. Resopla aliviado, aunque una sonrisa esquinada, un tanto maliciosa, no tarda en apoderarse de sus labios.

—Ya sois mío, maldito luterano —dice, asintiendo levemente—. ¡Al fin sois mío!

LA VÍSPERA

Capítulo 1

MANERAS DE MIRAR

*Campamento del emperador Carlos V, entre Lommatzsch y Mügeln.
Última hora de la tarde del 23 de abril de 1547*

Ojipláticos.

Así se han quedado dos de los tres hombres que están reunidos con Carlos en su tienda. Cuatro palabras han bastado para dejarlos en ese estado.

–Hay que atacar ya.

Aquellos dos son su hermano Fernando, rey de romanos, y Mauricio de Sajonia, elector de Sajonia. Conciliador y diplomático el primero; pragmático, frío y calculador el segundo. Y con un aliciente: odia a muerte a su primo, Juan Federico, el culpable de que los allí presentes estén enfangados en una guerra que quieren dar por terminada cuanto antes.

Por resumir, Juan Federico de Sajonia es el único díscolo de la llamada Liga de Esmalcalda que aún osa a enfrentarse a Carlos V. Una liga de príncipes y ciudades protestantes concebida para defender sus privilegios y luchar contra el emperador, defensor del catolicismo frente a la reforma luterana. No queda nadie más que él.

Carlos ya no se conforma con derrotarlo. Quiere apresar-lo, ajusticiarlo. El escarmiento definitivo.

–Como bien se dice en Castilla, muerto el perro se acabó la rabia. ¿No es así, Fernando? –pregunta a Fernando Álvarez de Toledo, el tercero de sus acompañantes y el único

que no ha mostrado gesto alguno de sorpresa. Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel también es duque de Alba, el tercero de la saga.

—Así es. Y, si me lo permitís, la de Juan Federico ya ha durado demasiado.

Al contrario que los otros, el duque de Alba todavía se relame de satisfacción recordando las palabras con las que le recibió el emperador nada más poner los pies en la tienda: «Mis observadores me han informado de que Juan Federico de Sajonia ha acampado en Mühlberg, en la orilla derecha del Elba, a unas tres leguas de aquí. Hay que atacar ya».

Luego las repitió de nuevo, con el efecto ya mencionado.

A Fernando, ese «hay que atacar» le sonó a gloria; tanto como el ardor empleado por el emperador al pronunciarlo. Lo ve con ganas, fuerte, soportando los envites del último ataque de gota —el que sufrió en Nördlingen a comienzos del pasado mes de marzo—, que le trae por la calle de la amargura y lo obliga a desplazarse en litera de un lado para otro por tierras alemanas. Sus consejeros le recomendaron que regresara a Ulm, de donde partió tiempo atrás, para someterse a una cura de decocción de quina, que hasta la fecha había dado buenos resultados, y que de los asuntos de la guerra se encargara el duque de Alba.

Días después, su médico, Cornelio de Baersdorp, lo dejó a su elección, y el emperador lo tuvo claro:

—Marcharé junto a mis hombres. Aunque tenga que desplazarme en litera. Pero iré con ellos.

Cornelio de Baersdop se encogió de hombros y no dijo nada.

Carlos se mueve tienda arriba tienda abajo con gesto crispado; y con una mirada que quema como las llamas del mismísimo infierno. A sus cuarenta y siete años, se siente en plenitud de fuerzas a pesar de la gota. «Ya se curará», se insiste para convencerse.

Mientras pasea por la tienda, aún perduran el silencio y la cara de asombro de su hermano Fernando; mandíbula seme-

jante a la suya, frente despejada y la languidez despeñándose por su mirada. La culpable es la reciente muerte de su esposa, la reina Ana, pero no tanto la del duque Mauricio de Sajonia, con el rostro serio y barba larga y descuidada, frente ancha y despejada y pelo rubio devorado por unas prominentes entradas, producto de aquellas cuatro palabras.

Entretanto, él, a lo suyo, tienda arriba tienda abajo, acompañando el movimiento con murmullos emitidos por una boca cuya mandíbula prominente le impide cerrar por completo. «¡Vamos, que mañana vas a montar a caballo para conducir a tus tropas hacia la victoria!». Ni siquiera el mismísimo Dios, al que se encomendó con anterioridad, sería capaz de quitarle la idea de la cabeza.

Fuera, aúlla el viento. Un caballo relincha, también otro. Son varios más los que lo hacen. Inquietos.

Es el mismo emperador quien rompe un silencio que lo asfixia. El cuerpo le pide guerra, y no parará hasta tenerla.

—¿Y bien? —Mira a los tres presentes—. ¿Fernando? ¿Qué opina mi hermano, el rey de romanos?

—Esperaría —replica el aludido, después de sopesar la respuesta.

El bufido que pega Carlos sube hasta el grado ocho de su escala de bufidos.

—Nuestros hombres están cansados tras tantos días persiguiendo al enemigo —se justifica Fernando—. Y luego está el río. Ya habéis visto cómo ruge su caudal, y no hemos encontrado ningún puente para cruzarlo. Además, no tengo dudas de que Juan Federico habrá desplegado tropas por la orilla, dado que se vale de la corriente para desplazar a la artillería. Si me permitís el consejo, lo considero demasiado aventurado.

Carlos contesta a la respuesta con otro bufido. A continuación, busca a Mauricio con la mirada. Habla algo de alemán, pero no le da para mantener una conversación razonable con él. Incluso no son pocas las ocasiones en que ha utilizado el francés para dirigirse a los dirigentes alemanes. Por eso se ayu-

da de un traductor. Mauricio parece haberse recuperado de la sorpresa inicial. Ha tenido tiempo de analizar la situación y las palabras del emperador, traducidas por un hombre de aspecto cansado que lo acompaña. Y no le suenan tan mal. Tal vez por convicción. O por interés.

—¿Por qué no intentarlo ahora? —responde Mauricio, sin pestañear, en alemán, su lengua natural—. La oscuridad nos ampararía. ¡Qué mejor momento para caer sobre ellos que éste!

—¿Qué ha dicho, Ortuño? —demanda el duque de Alba a un tipo que permanece a su lado, en silencio.

Juan Ortuño es asturiano. De cuerpo sarmentoso, su rostro es la bondad hecha carne; y su mirada oscura —tanto o más que su pelo— irradia cierto cansancio de tanto como ha visto.

En el campamento se cruzan apuestas acerca de su edad. Treinta y cinco años creen algunos soldados, cuarenta otros. Es alto y arrastra una cojera en su pierna izquierda que no le impide servir a su señor gracias a un dominio del alemán más que aceptable aprendido en años de campañas por el centro de Europa. Un tiro de arcabuz le inutilizó aquella pierna. Sin embargo, el duque supo agradecerle su bravura y lealtad en el campo de batalla.

Él nunca deja tirado a nadie.

Fernando tiene nociones de alemán —imparte órdenes, se cisca en la madre de cualquiera y arenga a los mercenarios germanos como nadie, si es preciso—, pero prefiere tener a su lado a Ortuño.

—Que hay que intentarlo ahora. La oscuridad nos ampararía.

El duque de Alba se permite una risa.

—¡Qué lince! —dice el duque en castellano.

Su sarcasmo lo podría haber escuchado hasta el mismísimo Juan Federico de Sajonia, y eso que está a tres leguas de distancia.

Fernando no puede evitar que se le escape una sonrisa. Carlos ha agachado la cabeza para acariciarse la barba, en acti-

tud pensativa, con tres pasos hacia delante. De esta manera ha dado la espalda a Mauricio para que no pudiera verlo. También sonríe. Sabe que el duque de Alba no se fía de él ni en pintura. Por luterano, y porque sospecha que no ansía más que el título de príncipe elector que detenta el tipo al que él desea capturar cuanto antes.

Pero no le hace falta pensar mucho más. El cuerpo, la guerra, etcétera.

–Atacaremos ahora –concluye el emperador, en español–. ¡Ese maldito luterano no se me puede escapar! –estalla con enfado, vuelto hacia los otros tres–. Si quiero reducir y pacificar Alemania para ponerla al servicio de Dios, ¡es necesario eliminarlo! ¡Y lo voy a hacer ya!

–¿Cómo lo pensáis hacer? –pregunta Mauricio, sin rebajar ni un gramo su altivez. Sin importarle que quien tiene enfrente sea el mismísimo emperador Carlos V.

Éste lo tiene claro. Tanto que expone su plan sin ahorrar ningún detalle. Todo está pensado, bien meditado. En su cabeza suena a música celestial.

–No obstante, la distancia, los días de marcha que llevan los hombres... –apunta Fernando, no está del todo convencido con el plan expuesto.

–Mis hombres han dado muestras sobradas de recorrerla en un corto espacio de tiempo. Estarán listos si se lo pido.

–Y, por lo que habéis dicho, Juan Federico acampa con su ejército en la otra orilla del río. Y ya habéis visto cómo... –insiste el hermano del emperador.

–Lo atravesaremos con barcas, y buscaremos un vado si es preciso para acelerar el paso de las tropas. ¿No es así, Fernando?

El aludido, que es el duque de Alba, se lleva la mano derecha a la barbilla. El pulgar en ella, acariciándola, y el resto de los dedos sobre el labio superior. Piensa.

–Porque sabéis cómo hacerlo, ¿verdad? –insiste el emperador.

–Por supuesto, César.

–¡Bien! ¡Pues comencemos los preparativos! ¡El ataque empezará esta noche!

Mauricio y Fernando se levantan, saludan a Carlos, y son los primeros en abandonar la tienda una vez el soldado apostado ante la entrada les franquea el paso. Fernando se dispone a seguir sus pasos, pero el emperador lo detiene.

–¿Lo tenéis claro, Fernando? –se atreve a llamarlo así, signo del respeto y admiración que le profesa.

–Como el agua del Tormes, César –lo llama así el duque, en señal de respeto y admiración.

El otro, satisfecho, se sienta en su jamuga. Fernando, por su parte, saluda con respeto y sale de la tienda con celeridad, camino de la suya.

Ortuño ha tomado otra dirección.

Tiene una misión que cumplir.

Y tiene que cumplirla ya.

A una decena de pasos de distancia.

Un instante después

«¡Cómo me gustaría tener armas así!», ansía Diego Cubero mirando, embobado, las de Cristóbal de Mondragón.

Mientras que las de Cristóbal –daga, espada y arcabuz– relucen y parecen nuevas, la pica de Diego presenta arañazos y su color original no es más que un vestigio.

Que esto sea así tiene una explicación sencilla: Cristóbal está harto de matar. Dieciocho años ya a sus espaldas acompañando o sirviendo al emperador por Italia, Túnez, la Provenza y, ahora, Alemania; despachando a luteranos, moros y lo que se tercie. El otro, a pesar de llevar un año enrollado en el Tercio de Sicilia, a sus veintiún años todavía no sabe lo que es una batalla, y ya tenido unas cuantas oportunidades.

Aprovechadas, ninguna.

Diego revisa la hoja de su daga. Luego mira a su compañero.

–¡No sabéis cuántas ganas tengo de pelear de una vez contra los luteranos!

–Umm... –recibe como contestación de Cristóbal, afanado en la tarea.

–Todas las noches sueño con lo mismo: estoy en primera línea, y al instante aparece el emperador. Caracolea su caballo. Todos lo observamos quietos, impresionados, maravillados por cómo reluce su armadura. De pronto, recorre la fila a galope, alentándonos. «¡Mis soldados, mis soldados!», nos chilla. «¡Sed valientes, no desfallezcáis! ¡La gloria es vuestra!».

–Umm...

–¿Cómo que «umm»? –pregunta a Cristóbal, con la sorpresa colgando de su boca-. ¿Os cuento mi sueño, y eso es lo único que tenéis que decirme?

El otro le dedica una mirada breve con sus ojos vivos, escrutadores, pues a continuación la centra en la hoja de la daga. Asiente satisfecho. Y, sin volver la vista, le contesta:

–Umm.

El paisaje es un trajín de hombres que van de un lado para otro, de caballos cuyas riendas tiran sus jinetes para conducirlos a un lugar donde descansar –demasiados días de camino en sus pezuñas–, de tiendas de dos y cuatro paños arracimadas unas junto a otras, de figuras que se diluyen en una niebla que empieza a crecer. Se mezclan las voces en castellano, en italiano, en húngaro y en alemán. El alma de los tercios españoles, de los jinetes magiares, de los mercenarios teutones.

Cristóbal aprovecha el último rayo de luz para concluir la revisión de su daga. El arcabuz sólo lo ha examinado. Lo ha dejado sin bruñir. Si al día siguiente brillara el sol, revelaría su posición. La espada le llevó su tiempo, y no menos la daga, de hoja lisa, doble filo y con un canalillo central.

«Cuántas veces me habrá salvado la vida...», calcula. Cuántas encamisadas, cuántos combates –aún puede recordar las

heridas recibidas en el sitio de Saint-Dizier un par de años atrás-, cuántas batidas sin misericordia. Matar, matar y matar. Ser temido y respetado.

De Medina del Campo, la villa de las ferias, Cristóbal rebasa por poco la treintena y confía en conocer los cuarenta.

Natural de Mojados, Diego ya ha visto más mundo del que nunca pudo imaginar a sus veintiún agostos.

-¿Creéis que mañana habrá batalla? -pregunta a Cristóbal, alborozado.

-Puede.

-¿Puede? -ataca Diego con sorna-. No os soléis tomar tantas molestias con vuestras armas a no ser que vayamos a luchar. Hicisteis lo mismo en la víspera de Ingolstadt. Lo recuerdo muy bien -le deja caer, sin dejar de esbozar una sonrisa mezcla de admiración y de envidia.

-Hay que estar siempre listos -responde el medinense, con una calma ya legendaria entre sus iguales dentro del tercio-. La batalla puede desatarse en cualquier momento.

-Veo demasiado movimiento, mucho corrillo. Voy a ver qué pasa.

-Vos, ahí, tranquilo -le ordena Cristóbal, sin perder la tranquilidad en ningún momento, deteniendo el ademán de incorporarse del otro.

El medinense da los últimos retoques a la daga mientras echa someros vistazos a su alrededor. Soldados que hablan, cuchichean. Rostros serios. Gente feroz, hecha a todo. Historias sórdidas en unos casos, un pasado que olvidar en otros. Dispuestos a matar a quienes les pongan por delante por tantos sueldos según su categoría o el valor que le echen; prestos para la batalla en cuanto se les ordene.

La noticia ya se conoce. Si él la sabe, no duda de que ya estará corriendo por el campamento.

Puede que todos la sepan ya.

Todos, menos Diego.

Cristóbal da por concluida la limpieza de su daga.

–Siempre hay que estar preparados.

Es un tipo famoso en el tercio por su bonhomía. De compleción fuerte, rostro anguloso y una frente que empieza a ganar cada vez más terreno al pelo, es honesto, leal y valiente; y jura no conocer ni a Dios en el campo de batalla. Eso sí, es un tanto parco en palabras. Las justas, calculadas y concretas. Quizá sea una herencia familiar, originaria de la villa guipuzcoana de Mondragón.

Con Diego se permite alguna licencia por aquello del paisanaje. No es más que un bisoño al que acogió al llegar al Tercio de Sicilia. Y lo sospechó desde el primer día que lo vio, y así se lo han refrendado las conversaciones mantenidas en las largas marchas de la campaña del Danubio antes y del Elba ahora: el mojadense no ha nacido para luchar, ni mucho menos para ser soldado. Por mucho que se empeñe.

Cristóbal tiene claro para qué ha nacido Diego, y únicamente espera el momento para decírselo.

–¡Me encantaría entrar en combate mañana! –retoma la conversación el otro–. ¡Tengo tantas ganas al fin de luchar junto al emperador!

–Si llega el momento.

–¿Acaso no me veis? Estoy sano, y tampoco me consumen las fiebres, como me ocurrió en Ingolstadt. ¡Estoy preparado para luchar!

Cristóbal se muerde el labio inferior. Clava la mirada en un jinete con dificultades para calmar a su montura, encabritada, que se convierte en la atracción del momento. Demasiados días de camino sin descanso.

Nervios. También demasiados.

–Deberíais descansar –recomienda a Diego.

–¡No tengo sueño!

–¡Pues lo criais!

El medinense se incorpora. Se arregla la camisa y el jubón y tira hacia arriba de sus calzas oscuras. Mira distraído a ninguna parte sin dejar de rascarse el mentón. Tiene el rostro con-

traído, como si siempre anduviera pensando. Echa un vistazo a la tienda, de cuatro paños, semiabierta por la parte delantera, que comparte con Diego y otros dos soldados.

Uno es gaditano; arcabucero, habla por los codos. El otro, vizcaíno, también es arcabucero, y apenas habla a no ser que se le pida que lo haga. Y siendo tan distintos, ambos se aprecian con locura.

Necesita estar solo.

-¿Dónde vais?

-Voy.

-¿Puedo ir con vos?

-No.

-¿Por qué?

-¡Porque no!

Las ganas de discutir de Cristóbal son nulas, pero sí mayores las de escupir a Diego lo que pende de su garganta. Mañana, antes de la batalla.

Lo tiene decidido.

Antes de que todo reviente y se convierta en una orgía de tiros, sangre y muerte.

Porque habrá batalla.

Lo supo hace unos instantes.

-Descansad mientras.

El medinense se guarda la daga en la cintura del calzón, deja en la tienda espada y arcabuz y se aleja de su paisano, que no hace caso al consejo y se une al coro que se divierte con los intentos del jinete por controlar a su montura.

Caminados unos pasos, se vuelve hacia atrás por un instante, y ve a Diego unirse a un grupo de soldados. Gente afín, de nuevas levas, bisoños también en algunos casos, tan reconocibles por sus vestidos de munición; esas mortajas, como se refieren a ellas los veteranos. Ha tardado menos y nada en sonreír tras ser informado de lo que ocurre.

«¿Cuántos seguirán cobrando las monedas del rey mañana al anochecer?». Cristóbal vuelve a chasquear la lengua.

Niega con la cabeza. No quiere que Diego tome parte de la batalla mañana. En Ingolstadt, lo evitaron unas fiebres. Inoportunas para el otro, salvadoras para él.

Y mañana la habrá.

Se lo confesó un rato antes un tipo al que tiene en buena estima, Pedro Timón, miembro del escuadrón de reconocimiento del capitán Aldana. Al igual que éste, extremeño. En su caso, de la alta Extremadura. Del señorío de Valverde o algo así, cree recordar que le dijo cuando se conocieron. Rechoncho, moreno y cejijunto y de aspecto bonachón, se guarda una mala hostia del copón para las ocasiones especiales.

La de mañana, por ejemplo.

—El hideputa del sajón acampa con su ejército a tres leguas de aquí —le confesó hace un rato, nada más llegar al campamento.

—Eso no es nada.

—Yo que vos iría preparándome. El capitán ha ido a informar al emperador. Diría que mañana tendremos jarana, aunque...

—¿Aunque?

—Ese río trae mucho caudal.

—¿Tanto?

—Como para hacer unas migas, que decimos en mi tierra.

—Eso debe de ser mucho.

—*Velaílo* —admitió el extremeño, asintiendo levemente—. Habrá que cruzarlo, si queremos alcanzar a los luteranos, y no hemos visto puente alguno en pie. Los han quemado todos.

—Entonces no quedará más remedio que hacerlo a nado.

—Pues eso.

Cristóbal no aparta la vista de Diego.

Gesticula, grita. Está feliz.

—Por qué demonios habéis caído aquí, Diego... —masculla.

La escena le trae a la memoria estos versos:

*Dulce fruto el que el sol dora
y preña de brillo mecido al viento*

*después le espera bocado y ciento,
un recuerdo de carne embriagadora.*

Se los recitó el mismo Diego Cubero días después de que se conocieran, antes de comenzar la campaña del Danubio. De eso hace ya casi un año, en una de esas jornadas de marchas sin fin del ejército del emperador Carlos V. Así que sois de Medina, pues de Mojados soy yo, hombre, paisano, y tal.

—¿Y desde cuándo decís que escribís versos? —le preguntó Cristóbal.

—De cierto, desde el año pasado. Es algo que me divierte, y por lo que me decís muchos parece que no se me da mal.

—¿Habéis pensado en ganaros la vida como escribano?

—Ayudaba a mi padre antes de unirme a la leva que llegó a Mojados.

La respuesta sorprendió a Cristóbal.

—¿Por qué os unisteis a la leva? ¡Podrías ganaros la vida de otra manera! ¡No lo entiendo!

—¡Ah! —A Diego se le encendió la mirada—. ¡Quiero conocer la gloria, sentir en mi carne el fragor de la batalla! ¡Y confío en que no sean pocas mis hazañas! —le aseguró sin pestañear—. ¡Ellas serán la inspiración de mis mejores versos!

Diego concluyó aquella charla esbozando una sonrisa. Estaba feliz. Y así caminaba. Todo lo contrario que Cristóbal, rostro sombrío y gesto adusto por culpa de un fogonazo que estalló en su cabeza. La misma pasión, los mismos deseos...

La juventud y su fulgor, tan intenso, tan breve. El valor, el honor.

La inconsciencia.

La búsqueda de los sueños, su materialización. El mundo por descubrir y la vida para bebérsela de un trago. Y todo eso pendiente de un hilo en un escenario tan miserable y cruel como es la guerra. Con veinte años, te mueres de ganas por cruzar tu espada con el contrario, por descerrajarlo de un arcabuzazo, deseoso de cantar y contar tus glorias.